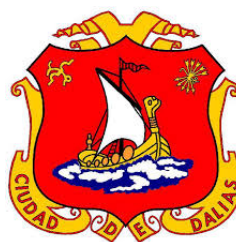




III CERTAMEN DE RELATO CORTO



CASINO DE DALÍAS



ACCESIT LOCAL

**Título: NOVEDADES PARA UN
CASINO DE SIEMPRE**

Autor: Alfonso Cantador Alias






Sobre el autor...

Alfonso Tomás Cantador Alias, (Villanueva de Córdoba-1962), es Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación y Maestro. Tiene cuatro novelas publicadas y una inédita así como varios relatos cortos, y numerosos artículos de opinión sobre Educación y Didáctica. Igualmente es autor de una colección de cuentos infantiles dedicados a su hija bajo el título de "Martina la jirafa". Desde 1983 se dedica a la docencia, habiendo pasado por todas las etapas de la misma. En la actualidad, trabaja como profesor en un Instituto público de Secundaria de su barrio: Montequinto-Dos Hermanas, donde compagina su labor docente con la participación en el equipo de coordinación de la biblioteca del mismo. Ha colaborado en varios medios de comunicación en Los Pedroches y la provincia de Córdoba como corresponsal de prensa y radio.



Premios

Premio de relatos Idus de Marzo. Ayuntamiento de Dos Hermanas 2011.
Premio Internacional de Literatura Infantil-Juvenil de Editorial Verbum. (Octubre 2016)
Premio Novela Corta Giralda -modalidad local-2017
Finalista II Concurso de novela Ediciones Alféizar (mayo 2017).
Finalista III Certamen Literario "Sierra de Francia" 2017.
Finalista en el III Concurso de Creación Literaria e Histórica sobre Dos Hermanas convocado por la Asociación Cultural "La Plazoleta de Valme".
Finalista II Certamen de Narrativa del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama 2018.
II Premio de Relato Red de Bibliotecas Públicas de Guadalajara 2019.
Finalista V Certamen de Relatos Cortos ACREM 2020, subvencionado por el Área de Igualdad del Ayuntamiento de Málaga y su Diputación Provincial.
Finalista XIII Concurso Literario Constantí "Relatos de escuela" 2019.
Ganador del III Certamen de relato corto Casino de Dalías -modalidad local- 2020.



**NOVEDADES PARA UN CASINO DE
SIEMPRE**

Alfonso Cantador Alias

Novedades para un Casino de siempre.

El Campo de Dalías no se prestaba por esos años a muchas innovaciones. Tal vez porque los ánimos no estaban en su sitio debido a un ambiente enrarecido por la guerra mundial y sus consecuencias que lo envolvían todo desde hacía meses, o porque sencillamente los bolsillos no andaban en tiempos de crisis como para echar las campanas al vuelo.

La reapertura de un establecimiento siempre suscitaba recelos entre la gente que menudeaba tabernas o cafeterías por las bicocas que anunciaban. Tampoco dejaba indiferente al resto de los vecinos, porque la mayoría de ellos, alimentaban mil y una razones o alguna patraña, como para considerarlo digno de aprobación o rechazo, y mucho menos, a los socios de un casino de toda la vida a los que las novedades anunciadas les planteaban mil y una dudas.

¡Ya se sabe cómo somos!, —decía la mayoría—, y por eso, para los que iniciaban ahora la nueva aventura de reflotar la cafetería de un establecimiento clásico algo gastado con el tiempo, caían policromas conjeturas infundadas sobre las verdaderas causas de su nueva apertura.

El casino no iba a ser menos. Los cambios de costumbres en esta plaza, llegaban casi siempre despacio y tras escuchar algún aviso... ¡Como en las corridas de toros! —alegaban otros. El nuevo encargado de la repostería del establecimiento era don José Custodio: un empresario del ramo venido a más en la comarca, que lo había remodelado recientemente y adecentado con diligencia, sin tener conocimiento alguno sobre ornamentos o atavíos.

Se situaba coqueto en una de las arterias principales del pueblo. Para eso, el bisoño arrendador, se había encargado de publicitar su apertura por doquier entre sus influencias que traspasaban fronteras locales, comenzando a asistir al mismo en pocas semanas clientela variopinta al reclamo de nuevas tapas o raciones. A estos, les gustaba pegar hebra con gentes del campo y de dineros habituales o rutinarios clientes, que pasaban por él a pedir condumio, lo que generaba pingües beneficios a favor del nuevo amo, y la mirada envidiosa de más de uno. Algunas cuadrillas de alarifes o artesanos que eran socios, acudían a ese local al término de sus faenas, o en pintadas ocasiones, al

Novedades para un Casino de Siempre

amparo de determinadas celebraciones que lo requerían por estar de moda el acondicionado casino. En ellas, aguantaban estoicos las bromas del encargado, que para crear adeptos, improvisaba chistes fáciles sin pizca de gracia con tal de mantener a la parroquia contenta o entretenida, consumiendo el mayor tiempo posible para hacer caja. Este, —que se pasaba de gracioso por momentos—, tenía habilidad para calabriar vinos y mermaba aviesamente al amparo de la chanza el despacho de salazones o chacinas, sisando con frecuencia a la clientela con el único propósito de sacar duros a real en el menor espacio de tiempo posible.

La fama del establecimiento se había extendido por todos los rincones de La Comarca. Incluso desde la capital de la provincia, acudían con frecuencia en fines de semana familiares de abonados con coches a motor para catar las delicias de don Custodio, que al margen de erigirse en nuevo dueño por el alquiler de la casa, se auto proclamaba vanidoso “El Rey del Salazón y la Chacina”.

Las paredes de la taberna del casino las dispuso repletas de carteles y motivos taurinos por la afición de Custodio a los toros. Algunos retratos de toreros de otras épocas se entremezclaban con los más actuales, proviniendo de una colección particular que el propietario se había encargado de reunir durante toda su vida. Un daguerrotipo gigante ya ajado con la imagen de Mazzantini, presidía la barra de madera oscura y raída por el uso. Dos cabezas de toro disecadas, compradas en una subasta por el mismo, remataban el engalanamiento del salón con marcado acento de época.

Don Custodio tenía fama de “rata y usurero”. Pesaba y contaba con meticulosidad cada una de las mercancías que entraban en su casa cuando se las servían los distribuidores, porque no se fiaba ni de su sombra. Para ello se había provisto de un costoso juego de romanas de acero, y de una báscula de pesas con precisión que guardaba y pulía incansable bajo el pretexto de que pudieran perder eficacia sin ser cómplices de su codicia.

Algunas veces discutía a voces con el encargado —a la sazón su cuñado—, cuando las cuentas no le cuadraban, o en el momento en que determinado proveedor les ofrecía alguna oferta con cierto

producto nuevo de dudosa procedencia. En ocasiones, algún que otro parroquiano socio y con derecho a ser atendido como cualquier otro, tenía que esperar en la barra de la taberna porque el dueño se empeñaba en contar la exigua y tempranera recaudación obtenida pese a no llevar ni una hora con las puertas abiertas.

Cierto día, un cliente asiduo llegado desde Granada que había adquirido confianza por sus posibles con el dueño y que trabajaba de viajante de zapatería y hormas, le jugó una mala pasada de la que tardaría en recuperar el ánimo varias semanas. Todo vino porque poco antes, ese asiduo le había solicitado una consumición que incluía una novedad que el dueño pregonaba a los cuatro vientos: “chicharrones de cerdo frito en manteca”, de la que él mismo se vanagloriaba por su mano con los fogones y los tiempos de cochura en la cocina. Se descubrió más tarde que no era Custodio quien los hacía, sino un vecino menesteroso que los cocinaba con los pitracos que recogía y le malvendían a bajo costo los matarifes del pueblo. Como el plato era a priori exquisito, y ante tanta palabra de bondad oída sobre el mismo de boca del tabernero, el cliente en cuestión le demandó una ración que fue servida por el mesero entre los comentarios exquisitos de la tapa y otras lindezas recargadas sobre el cocinero y su género. El plato en sí apenas llevaba carne, porque la mayoría del mismo lo componían pellejos de ajo frito, y algún que otro diente quemado de la referida especia. El cliente al momento pensó que se trataba de la última tapa que quedaba, y que por tanto no tendría el dueño la osadía de cobrar ajo quemado por chicharrón de cochino, por lo que de esa manera, su precio estaría por debajo de lo que una pizarra de madera oscura clavada en la pared y con faltas de ortografía establecía sobre el precio de los artículos que se expendían en el casino. Pero su asombro llegó al culmen cuando el huraño camarero cobró la consumición por encima incluso de lo que establecía la lista de precios. Ante la reclamación sutil del mismo, el cuñado encargado y colocado de ariete al frente del combate, le manifestó que ese era el montante debido a la inclusión en la tapa de un segundo ingrediente: “el ajo”. El usuario al momento montó en cólera y abonó la minuta mascullando entre dientes, ante la racanearía de dueño y encargado, aunque en su interior, y

Novedades para un Casino de Siempre

mientras abandonaba el ateneo, juraba una venganza que no tardaría en poner sobre el tapete de la mesa de juego.

Lo primero que hizo el asiduo fue acudir al cabo de unos días en domingo con toda la familia, que comprendía su mujer y dos hijos entrados en kilos, para pedir un surtido completo de la mayoría de las delicadezas que allí poseían. Todo el mundo engullía a dos carrillos. Cuando los niños a punto de estallar quedaron saciados cayendo rendidos pidiendo agua a cántaros encima de los taburetes, se dio el ágape por concluido. Al momento, llamó al dueño y le pidió la cuenta entregándole una moneda de duro acuñada en plata para liquidar, y acto seguido, el codicioso dueño sin mirar apenas la moneda y con prisas por ponerla a buen recaudo al no fiarse ni de su cuñado el encargado, corrió presto a devolverle en pesetas lo que calculó por encima que le sobraba. Entre lisonjas y parabienes sobre el que había pagado y hecho gasto, despidió con adulaciones y agradecimientos a la referida familia del viajante hasta la puerta de la taberna, invitándola a que volviera por el local lo antes posible.

A la semana siguiente en plena feria del pueblo, el mismo feligrés repitió su asistencia al casino. Esta vez se hacía acompañar de tres sobrinos a quienes después de hartarlos de fritangas, gachas con sardinas, chacinas y salazones hasta quedar ahítos, situó frente a la barra del establecimiento antes de pagar. Mientras, él se acercó a su coche con la excusa de recoger una maleta en la que supuestamente les traía unos presentes a los sobrinos, y para dejar una penca de bacalao entera, una ristra de chorizo y una paletilla curada de jamón que había adquirido en el mismo establecimiento. Un cliente habitual que contempló la escena en la que los niños devoraban las exquisiteces como nunca había visto igual, se preguntaba si los mismos al ritmo que trajinaban con todo lo susceptible de ser llevado a sus bocas, serían capaces de salir por puerta que tenía el establecimiento pese a a sus dimensiones. Ni que decir tiene, que los tres churumbeles ni eran sobrinos suyos ni nada parecido, sino vástagos de unos feriantes turroneiros de Jijona a los que había engañado y recogido

poco más arriba, y que contagiados por la soledad y el hartazgo, rompieron a llorar a moco tendido a la media hora de la desaparición del fulano. Los mismos confesaron entre sollozos y como pudieron, que el supuesto tío que había venido de Cuba no era tal, sino que era la primera vez que los veía en mitad de la calle, y que después de engatusarlos, los había convidado hasta ponerse tibios porque decía traer mucho dinero para ellos de ultramar.

Custodio montó en cólera al momento y despachó, sin mediar palabra ayudado por un escobón de palma, a los comilones que no cesaban en el gimoteo. Una úlcera de estómago que de vez en cuando le daba un aviso, estuvo a punto de reventarle, pero lo peor vendría después cuando por querer recuperarse del timo y elevar su autoestima, acudió presto al cofre secreto donde guardaba las ganancias de ese mes para sacar el duro de plata y aliviarse de todos sus males contemplándolo. La sorpresa en ese instante casi lo deja fulminado, porque al abrir la caja de los caudales observó estupefacto que la moneda otrora brillante había ennegrecido por ser de quincalla, y que al palparla con detenimiento comprobó que era más falsa que Judas.

Un cartel de madera de reducidas dimensiones y mal rematado colgaba al día siguiente en la puerta del círculo pese a estar en fiestas. En el mismo rezaba: «Cerrado por enfermedad» en letras mayúsculas, anunciando a los socios sin aviso, el motivo del cerrojazo temporal.

Una semana tardaría Custodio en recuperarse de ambos timos, que por culpa de su avaricia y los ajos, le había infligido un despechado mantés. El susodicho no volvería a hacer acto de presencia ni por la taberna ni por el pueblo hasta mucho después, sin que su astucia y sus mañas hubieran cambiado los hábitos y las costumbres del dueño, que con el tiempo se fueron radicalizando más todavía.

Pero lo peor de todo para el casino no fue sino que la fama del adjudicatario se extendió como un reguero de pólvora encendida por todos los alrededores. Sobre todo, y lo que más llamaba la

Novedades para un Casino de Siempre

atención, era la debilidad que almacenaba don Custodio para ser engañado, por lo que raro era el mes que no escapaba a las argucias de otro ladino hábil.

No se había recompuesto todavía del timo del cliente con el duro de plata falso, cuando cierto día en Semana Santa acudía por la taberna un orondo clérigo. Decía estar de paso, y que se alojaba en la casa del párroco junto a Santa María de Ambrox bajo la personal invitación de don Alfonso Ródenas obispo de Almería en esa década. Lucía una inmaculada sotana de paño afieltrado con cinturón púrpura y un abrigo recio para combatir los rigores de un invierno frío que estaban soportando. No levantó sospechas, aunque esa obesidad casi mórbida podía ser motivo de suspicacias en época de austeridad.

Acababa de dar la hora del ángelus, y el letrado eclesiástico manifestó públicamente su deseo de tomar un refrigerio. Se hacía acompañar de un joven seminarista delgado como una juncia seca y con la cabeza rapada, que llegaba uncido en un hábito de monje de color marrón sin apenas pronunciar palabra alguna. La presencia de ambos, y en especial la del fraile pelón no frecuente por aquel lugar, fue motivo inmediato de corrillos y miradas de casi toda la concurrida parroquia que a esas horas completaba el aforo del local. Don Custodio, que los observaba desde la distancia, no tardó ni un minuto en atenderlos y acomodarlos con presteza, para lo que sacó una mesa a la que colocó un tapete de hule y dos sillas como por arte de magia, pese a lo abarrotado del establecimiento. Algunos socios que permanecían de pie en la puerta u ocupaban la barra en busca de mesa, quedaron atónitos ante la suerte de los dos clientes recién llegados, no dando crédito a la celeridad del encargado que para algunos fue motivo de enfado por la parcialidad manifestada en el trato.

— ¿Qué tomarán sus ilustrísimas? —preguntó Custodio haciendo una exagerada reverencia que casi lo lleva al suelo en medio de las risotadas de algún parroquiano.

—Algo liviano para la hora, mesonero —contestó el clérigo.

—Pues si tiene a bien, déjelo todo en mis manos y cuando su excelencia diga «basta», concluimos el trasiego. Por cierto, eminencia —continuó Custodio—, ¿su acompañante, el fraile sin pelo, también es de la compañía?

— ¡No me lo incite a la gula, mesonero! ¡Máxime cuando tiene voto de ayuno y abstinencia que ha de cumplir a rajatabla! Para eso estamos en Cuaresma...

—Así se hará —contestó Custodio mientras observaba de reojo al fraile que no había tomado asiento, y permanecía de pie por detrás de la silla del ufano presbítero. ¡Marchando una jarra de Tierra de Laujar y unos surtidos de chacina y salazones completos! ¡Oído cocina! —espetó desde la distancia al personal de fogones.

A los pocos minutos, el mismo Custodio, que ya había traído el vino y un solo vaso de cerámica, apareció con dos fuentes generosas de viandas y una hogaza de pan blanco que el susodicho no tardó ni cinco minutos en devorar. A continuación, y con una servilleta de rafia, sacudió el pecho de la sotana de migas con algún resto adherido de comida que había quedado depositado sobre su enorme barriga. Acto seguido, el camarero apareció de nuevo en escena portando un plato hondo de choto al ajillo cabañil guisado con patatas y alguna salsa de hierbas aromáticas, que al paso por el lado del fraile, le provocó un estertor que a punto estuvo de tirarle al suelo.

Más tarde vinieron otras tantas raciones de bacalao guisado con verduras salteadas, una fritura de pescado de la casa con aguja y un plato alpujarreño, que igualmente, y previa petición de otra hogaza de pan por parte del cura, serían quitadas del medio con la misma codicia que todo lo engullido con anterioridad. Tras pedir con vehemencia una segunda jarra de vino, y al momento justo de traerla Custodio depositándola con sutil elegancia sobre la mesa, el cliente pronunció la palabra clave:

Novedades para un Casino de Siempre

— ¡Basta! —articuló el sacerdote mientras levantaba su mano derecha donde relucía un sello enorme de oro en su dedo índice y hacía señas al camarero.

La cara del propietario del establecimiento era una oda a la alegría. Se creía satisfecho por su trabajo cuando a renglón seguido preguntó al asistido:

— ¿Su ilustrísima ha quedado satisfecha? —volvió al preguntar el jefe con otra reverencia más sutil que la primera.

— ¡Nada de eso! ¡He dicho que basta ya de primeros platos para que catemos algo que con menor enjundia nos sirva de postre! ¡Vamos... que pasemos de lo salado a lo dulce! Y lo mismo que con anterioridad, espero que usted me guíe por buena senda en el trasiego. Por cierto —apuntó el canónigo—, observo con agrado cómo la gente de aquí come a dos carrillos y es generosa ante la mesa sin recatarse por nada... ¿Siempre es lo mismo?

—No se equivoque, eminencia. A cierta gente le gusta mucho comer por fiestas, pero lo que más le gusta a algunos es que los vean así...

— ¡Ahora lo entiendo! Gracias.

— ¡Siempre a su servicio, eminencia!, —contestó Custodio—. Déjelo todo a nuestro cargo, que en esta casa lo importante es que todo el cliente que por ella pase se quede complacido.

Un surtido de minúsculas torrijas, una copiosa fuente de rosquillas con miel y otra con roscos fritos y empanadillas de otra panadería del pueblo, componían el postre. Todo ello quedó regado con una botella de licor de café de una destilería famosa de la Alpujarra que el canónigo apuró hasta la última gota, porque como quedó advertido antes de servirla, corría por cuenta de la casa.

El pobre fraile, que se había mantenido hierático y sin mover un músculo durante toda la comida, tuvo la suerte de ser agasajado con un búcaro de agua fresca. Después de darle tres o cuatro tragos y

quedar saciada su necesidad de beber, retomó su función de asistente sin inmutarse. Poco después el canónigo pedía la cuenta, que en pocos minutos estuvo preparada, y cuando requería a Custodio para abonarla, preguntó al mismo si en ese establecimiento tenían por costumbre acceder a encargos de productos de la casa, porque como estaba de paso, no sabía si la empresa trabajaba dicho menester.

— ¡Sí, señor! ¡Usted nos dice lo que necesita y el momento en que quiera recibirlo, y lo tendrá según la costumbre! —exclamó Custodio mientras miraba la generosa bolsa de monedas que el canónigo guardaba en su faltriquera.

—Verá, como creo haberle dicho ya, estoy de paso y me alojo en la casa del párroco por mi estrecha amistad con él. Quisiera agasjarlo antes de mi partida mañana en el primer autobús de la tarde con algunas exquisiteces de esta casa o de la zona, lo mismo que al obispo de mi ciudad, máxime cuando la premura que me ha hecho llegar hasta aquí, no me ha permitido disponer de ningún detalle para obsequiarles como se merecen

—Por cierto, ¿sabe usted de sus gustos? —preguntó el canónigo.

—Lo siento mucho ilustrísima, pero no sé nada de sus agrados. Lo único que podría recomendarle, es un buen surtido de chacina de la zona que de seguro sería de su complacencia. ¡Eso si usted lo aprueba y lo considera oportuno!

— ¡Ideal! ¡Sí, señor! Ahora comprendo por qué me habían recomendado este exquisito establecimiento. No solamente me ha dado de comer con cordura, sino que ha atinado usted de pleno en la idea.

—Muchas gracias, eminencia, es un halago y a la vez un orgullo para esta modesta casa que es la suya —respondió Custodio.

Novedades para un Casino de Siempre

— ¡Pues entonces vaya tomando nota! —repuso el clérigo mientras Custodio echaba mano de una libreta que portaba en un recodo delantero del delantal de trabajo.

—Le va a mandar una paleta de bellota curada... ¡No, no, discúlpeme! Mejor un buen jamón de pata negra no muy entrado en peso. Un queso de cada una de las variedades que usted me ha ofrecido, un surtido de salazón —sin cortar por supuesto—, y una caja de vinos variados de los mejores que tenga en su bodega.

— ¿Qué cantidad de botellas le incluyo, señor? —preguntó Custodio mientras apuntaba y esgrimía en su cara una sonrisa complaciente.

— ¡Doce exactamente! ¡Como los apóstoles! Ni una más ni una menos —respondió el clérigo mientras sacaba de nuevo a la vista su bolsa con el dinero. Y en la misma proporción, otro lote de las mismas características, propiedades y peso para el señor obispo. ¡Y ahora, por favor, dígame lo que he de abonarle por todos los regalos además de la consumición realizada!

—Verá—respondió en tabernero—, si a su eminencia no le importa, y debido a que habría que proceder al peso con detenimiento de todas las piezas y tasarlas una a una, ya le mandaríamos la nota para que nos la apoquine a la entrega del pedido en el lugar y hora que usted fije.

— ¡No se hable más! Entonces y si puede ser, quedamos a la misma hora que hoy: las doce del mediodía a la puerta de Santa María, donde de buena gana le espero y le pago en mano para liquidar asuntos y presentes.

—Así será —respondió el tabernero frotándose las manos mientras acompañaba a su cliente hasta la salida del casino.

Ambos se despidieron agradeciéndose la generosidad mutua. El fraile, que asistía en silencio a la ceremonia de despedida, asentía con la cabeza cuando se marchaban. Al momento, y sin perder un

instante, Custodio se puso a la faena y empezó romana en mano el ritual de pesado y las cuentas de lo encargado. Todo lo anotaba escrupulosamente en un papel de estraza en una primera cuenta, y después, pasaba a otro de color blanco y sin tachones el total del albarán de entrega.

Al día siguiente y a la hora acordada, se presentó Custodio acompañado de un operario con una carretilla de mano de dos ruedas repleta de pitanzas en el lugar concertado. A las puertas de la iglesia aguardaba con sorpresa un reluciente Ford americano de color negro y un cochero acompañados de fray Bartolomé, que siendo reconocido al momento por el tabernero, sí se dignó en esta ocasión a abrir la boca para dar instrucciones:

—Buenas tardes, señores —pronunció con seriedad—. Me ordena el señor canónigo don Luis Miranda, que así se llama, que descarguemos el regalo en este coche porque se lo enviarán directamente al domicilio del párroco, y el resto lo llevará hasta la estación de autobuses para ser cargado en su vuelta. Igualmente me manda que me dé usted la nota con el precio del encargo, que ahora mismo baja don Luis, —que está departiendo con el señor cura párroco—, y se lo abona en mano según lo acordado ayer en su digna casa.

Una vez descargadas las exquisiteces en el automóvil, el mismo se perdió de inmediato en dirección al norte; al momento y asegurándose de que la mercancía ya no estaba al alcance de nadie, tomó en sus manos fray Bartolomé la factura para acercársela a su canónigo. Entre tanto, les hizo saber a operario y tabernero que en unos instantes estaba de vuelta don Luis Miranda con el dinero, sientiendo todo cuestión de segundos.

Pasaron los minutos y nadie aparecía. Les dio la una en el reloj del Ayuntamiento y Custodio, que había despedido ya al carretero, sudaba solo a chorros pese al fresco del ambiente ante la tardanza del canónigo. A punto de reventarle su úlcera o de darle un torozón, y pasadas las dos de la tarde, Custodio se sentó en el centro de la calle, que apenas si estaba concurrida, mientras arrancaba a llorar a lágrima viva presagiando lo peor. Comprendió a su pesar que le habían vuelto a engañar por

Novedades para un Casino de Siempre

papanatas, dando por hecho que en toda Almería y provincias vecinas, su persona y su negocio pasaban ya por ser percha de timadores y pícaros que al reclamo de sus exquisiteces lo estaban minando sin piedad.

Esta vez, el otrora cartel de madera con el lacónico «Cerrado por enfermedad» se convertía en un «Cerrado por reformas hasta nuevo aviso».

Casi un año se tardaría en volver a verse luz y gente en el establecimiento después de los sufrimientos del dueño. El mismo día de la reapertura, un cliente que entraba en el mismo a primera hora y por primera vez se quedó sorprendido por la ingente cantidad de cuadros y retratos alusivos a la tauromaquia que en el local colgaban. Nada más verlos exclamó:

— ¡Ojú señores, al que le toque limpiarlos todos los días!

A renglón seguido y sin detenerse, salió del establecimiento con cara de agobio por el trabajo que a determinado empleado, aún sin conocerlo, le iba a generar y que a él, solo con pensarlo, estaba al borde de provocarle una alferecía repentina.

En tres meses cerró el casino. Don Custodio no podía más con el negocio por no poder recuperarse de sus calamidades y cesó el alquiler, aunque la suerte hizo el resto:

Un emigrante del pueblo recién llegado de Madrid y con dinero, se quedó con el arrendamiento para relanzarlo, pero en vista de lo que le contaron, decidió dar un giro de timón a su rumbo para cambiar de actividad y dedicarlo a la cultura.

¡Seguro que en eso nadie le estafaría!